

Sección 3

Problemas sociales

Lab. 3: Problemas de relación social
02: Bibliografía

¡AMERICA AMERICA!

Un viaje a América supone todos los temores, ilusiones, ansias, nerviosismo... de cualquier aventura. Un viaje a América no es sólo trasladarse en la distancia sino también en el tiempo: aterrizar en el país de los cerebros electrónicos, de los 5.000 dólares y pico "per capita", de la liberación sexual y de la —más o menos llevada a cabo— liberación de la mujer. Encararse a una civilización que no es la nuestra, con perdón de los que piensen lo contrario por aquello de nuestra progresiva americanización.

Lo primero que sorprende en este país de gigantes es la poca semejanza que ello tiene con la América de "Iron-side". Una vez instalado en el país, los coches no parecen tan grandes, ni las casas tan altas, ni la atmósfera tan poluta.

He tenido la oportunidad de hacer un curso en una escuela americana. Me tocó vivir en una pequeña ciudad —10.000 habitantes— a unos doscientos kilómetros al norte de San Francisco. Digo "pequeña ciudad", y no pueblo, porque en América (no necesito decir que todas las opiniones son subjetivas) no hay distinción entre la gente rural y la de las ciudades o, en todo caso, la distinción es mínima.

En el pueblo se disfruta de casi todas las ventajas ciudadanas: cines, clubs sociales, piscina, biblioteca, etc. y se evitan en cambio las desventajas de la monstruosa ciudad americana tan distinta de las nuestras. Una estadounidense me dijo esta frase perfectamente aplicable a las ciudades del país: "EE.UU. es una nación sin alma".

La ciudad americana es un inmenso cadáver sorprendentemente desarrollado, sobre el que se mueven miles y miles de "gusanos". A pesar de todo, San Francisco tiene algo de entrañable, algo peculiar, y mucho de hermoso. En sus calles se respira un ambiente alegre y liberal. Los músicos ambulantes, los pequeños puestos del puerto donde se venden cucuruchos de gambas o centollos cocidos, la enorme variedad etnológica en sus gentes, dan a la ciudad un aire de fiesta permanente.





He de confesar que mi conocimiento de las grandes ciudades americanas se reduce a tres: Nueva York, Los Angeles y San Francisco. Mi punto de vista sobre ellas no es el de un experto en temática americana; trato de reflejar la opinión que se me ha pedido acerca de mi experiencia al otro lado del charco.

1. - UNA FAMILIA AMERICANA

¡Oh, perdón! Aún no les he presentado mi ciudad. Su nombre es Ukiah. En ella he convivido con una familia casi arquetípica de lo que puede ser la familia americana media. De origen irlandés, alta estatura —yo diría que muy alta—, carácter afable, con perro y con escaso sentido del humor (del humor tal como nosotros lo entendemos).

Los padres eran maestros y "mis hermanos" estudiantes: una chica alumna de la universidad, dos chicos en la High School y el pequeño en la escuela primaria.

Tal vez lo que más me chocó haya sido el concepto de familia; aún hoy día le doy vueltas sin acabar de asimilarlo.

Los padres imparten a sus hijos una educación que conduce, sobre todo, a hacerles independientes: apoyan las iniciativas de los hijos por muy absurdas que parezcan; el hecho de ser ideas "sólo suyas", de los chicos, es motivo de orgullo para los progenitores. Esto tiene, en mi opinión, la ventaja de ayudar al individuo a desarrollar el espíritu de iniciativa, y también la desventaja de conformar un tipo de hombres que jamás reconocerá que su idea es una idea equivocada. A mi modesto entender, esto sólo produce genios en muy raras ocasiones.

Dentro de la familia americana, los padres desempeñan más bien un papel de coordinación y de ayuda que de dirección. Colaboran con sus hijos en la fabricación de cometas, en la práctica del deporte y en cualquier otra actividad que suscite el interés de los chicos. En punto a juegos, diversiones, etc. comienzan a independizarse desde niños, autofinanciando sus propios gastos a base de jornales pagados en trabajos que ellos puedan realizar. Matthew, mi "hermano pequeño", a sus 13 años, ya había

tenido más de una experiencia laboral, repartiendo periódicos, cortando el césped del vecindario, etc. Estos trabajos están retribuidos de una forma seria sin sacudirse del todo cierto matiz simbólico: los niños siguen necesitando de sus padres y sus tentativas laborales sólo constituyen una parte de su educación como hombres y como americanos.

Mi "hermano" Tom, sin embargo, a sus 16 años, ya vivía económicamente independizado de su familia. Salía a trabajar en los veranos, cortando leña, empleado en una estación de servicio, en un taller mecánico o cargando camiones de Pepsi-Cola. El dinero que obtenía (de 2 a 4 dólares la hora) lo utilizaba en sus gastos personales incluyendo la ropa, sus aportaciones a los viajes con la familia e incluso su pasta de dientes.

El muchacho americano alcanza su independencia económica alrededor de los 16 años, edad en que suele conseguir su primer empleo importante. A esta misma edad, en California, puede obtener —lo obtiene de hecho— el carnet de conducir y su automóvil personal. Este simple hecho, de gran importancia en USA me diferenciaba del resto de mis compañeros al proporcionarles una "movilidad" de la que yo carecía.

2. - EL DIFÍCIL SENTIDO DE LA AMISTAD

No ha sido éste, sin embargo, uno de los mayores obstáculos para mi adaptación al medio. Para mí la dificultad estribaba radicalmente en su forma de ser y de vivir, es decir: "en ellos mismos". Carácter frío. Intereses reducidos a un pequeño círculo de satisfacciones materiales. Conversación casi vacía. Un concepto de amistad que encaja en la estrecha fórmula de "la amistad bien entendida empieza por uno mismo"; alguna vez hubiera podido añadir "... y acaba en uno mismo".

Tal vez debido al continuo ir y venir de una ciudad a otra, y al hecho de que en la High School sólo están cuatro años es difícil que se formen amistades para toda la vida.

No es extraño encontrar en cualquier habitación de un dormitorio universitario un aviso solicitando un estudiante para cubrir la cuarta plaza de un automóvil, con la intención de abaratar un viaje a cualquier parte, o bien ofreciendo una habitación vacante en uno de esos pisos de convivencia en los que se agrupan 10 ó 12 estudiantes de ambos sexos.

En la mayoría de los casos, la amistad se reduce a una afinidad de intereses concretos y es de carácter transitorio nacida de las necesidades de un momento. Si dos amigos deciden realizar un viaje juntos y uno prefiere ir al mar y otro a las montañas, es bastante probable que la discusión finalice con un billete a Suiza y otro a la Costa Azul.

Sin embargo —todo hay que decirlo— creo haber dejado al otro lado del mar buenos amigos. Pero es difícil, sí, difícil, hacer un amigo americano.

Quizás yo no supe comprender. En este caso no me queda más remedio que pedir a los lectores que no me crean del todo. Este artículo puede resultar la imposible estereotipación de los americanos, y digo imposible porque, según ellos mismos, "cada americano es un mundo distinto", mundo que no es fácil descubrir.

Aunque mi impresión parezca un tanto pesimista, en realidad es otra la imagen que conservo del país de Mr. Ford (me refiero a Gerald, por supuesto). País optimista. Aparentemente alegre. ¡América!

3. - "HAY COSAS INEQUIVOCAMENTE AMERICANAS"

Hay cosas de aquellas tierras que todavía echo de menos: la alegría de los *streakers*, las *cheerleaders*, los doce canales de TV., las hamburguesas y el *hot-dog* (entre otras). Si alguien me arguye con el hecho de que el *hot-dog* (el perrito caliente) también lo hay aquí, tengo que decir que se trata, como tantas otras cosas, de algo "inequívocamente americano".

Si alguna cosa admiro en los norteamericanos es su habilidad para encontrar símbolos nacionales capaces de unir a ciudadanos que no están unidos por una tradición, que sólo tienen en común hechos tan simples como éstos: haber leído los mismos libros de historia (historia de los EE.UU. por supuesto) y haber visto los mismos programas de TV., dato de capital importancia para conocer al americano medio.

Además del famoso himno, y de la barquera (que, no vamos a negarlo, es muy vistosa) existen otra serie de denominadores comunes entre esa multitud de *Smithes* y

Mcnamaras, que son los Pérez y los Garcías ... al cambio del dólar: el *foot-ball* americano, la "coke", los *drive in*, los *McDonalds* y... la segunda guerra mundial. Su segunda guerra mundial que, al parecer, comienza con el desembarco en Normandía y que resulta para los americanos un triunfante paseo por Europa y el Pacífico, se ha convertido en un símbolo más de heroico patriotismo y amor a la "libertad del individuo". Ella ha servido para destacar la supremacía y la necesidad de los EE.UU. entre los países del llamado "mundo libre".

Todo esto no son sino ejemplos de un conjunto de cosas que tipifican un país, cosas que hacen sentirse al ciudadano americano, auténticamente norteamericano.

Confesaré que hubo momentos en los que yo me he sentido también un poco yankee. Algo tiene América que me atrae. Sentirse americano es sentirse, con razón o sin ella, un poco superior a los demás.

América (Norteamérica) está a la cabeza del mundo en casi todo; la TV, así lo dice y los norteamericanos se lo creen. Y un servidor —qué quieren que les diga— también se lo ha "tragado" algunas veces.

He aquí un país donde la felicidad de un hombre reside, en gran parte, tan sólo en el hecho de saberse norteamericano, abrigado por trece barras y cincuenta estrellas.

Yo sigo preguntándome: ¿Por qué?

Y para terminar, un consejo: No desaproveche usted ninguna oportunidad de visitar América. ¡Vaya, amigo, vaya... y ya me contará!

ELADIO SUAREZ DEBEN

El intercambio entre alumnos de distintas nacionalidades es una posibilidad educativa que despierta ciertos celos.

En los padres surge el natural temor ante una lejanía durable del hijo y a esto se añade, normalmente, la inseguridad creada por su desconocimiento de la situación y el medio ambiente con el que va a enfrentarse.

En esta, como en tantas otras cosas, el riesgo juega una carta decisiva. Usted lo toma o lo deja. Dicho de otro modo: Usted se arriesga a una experiencia de indudables posibilidades formativas o renuncia a ellas en nombre de un cauto tuciorismo.

Eladio Suárez Debén y su familia aceptaron el reto. En junio de 1973, al terminar el sexto de bachillerato, arreglaron un intercambio entre Eladio y un muchacho norteamericano.

Durante un año Eladio vivió en Estados Unidos como un americano más; compartió el pan de cada día con "su" familia "yankee" y se matriculó, como todo el mundo, en la "High School".

El hecho de que la experiencia no haya resultado ni fácil, ni cómoda, ni siquiera rutinaria —tal como se refleja en el artículo— no es un testimonio en contra sino una prueba de madurez. La lúcida postura crítica, estimulada por la "resistencia" de un ambiente, los toques de humor, hasta una cierta nostalgia soterrada, dan el sentido y la medida de una experiencia que ha merecido la pena.

PM publicó ya en su número 40 un artículo firmado por tres muchachos españoles; relataba su experiencia en el *Atlantic College* de Gran Bretaña. En adelante acogerá gustosamente cualquier otra colaboración en la que se cuenten experiencias semejantes a ésta.

Actividades para una Escuela de Padres

Técnica: 1. ENTREVISTA. Si en el Centro ha habido algún alumno que ha realizado esta experiencia.

2. DISCUSION DIRIGIDA:

- Cuestiones: a) Ventajas de un intercambio (sociales, pedagógicas).
b) Inconvenientes (idem).
c) A qué edad.
d) Qué le pediría a la familia a la que va a enviar a su hijo-a.